VAMOS A CALENTAR EL SOL

Vamos a calentar el sol
José Mauro de Vasconcelos
Título original: *Vamos Aquecer o Sol*
© Copyright (1974) Editora Melhoramentos Ltda., Brasil
Traducción: Haydée M. Jofre Barroso, Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina y España
© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza
Edición: Marina von der Pahlen
Producción: Pablo Gauna

1ª edición en Editorial El Ateneo: julio de 1975
1ª edición especial: diciembre de 2019
ISBN 978-950-02-1030-0

Impreso en Talleres Trama,
Pasaje Garro 3160,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en diciembre de 2019.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Vasconcelos, José Mauro de
Vamos a calentar el sol / José Mauro de Vasconcelos. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2019.
384 p. ; 19 x 14 cm.

Traducción de: Haydée M. Jofré Barroso ; Mónica Ploese.
ISBN 978-950-02-1030-0

1. Literatura Infantil y Juvenil Brasilera. 2. Novela. I. Jofré Barroso, Haydée M., trad. II. Ploese, Mónica, trad. III. Título.
CDD 869.9282

VAMOS A CALENTAR EL SOL

José Mauro de Vasconcelos

Editorial El Ateneo

El autor

José Mauro de Vasconcelos nació el 26 de febrero de 1920, en Bangu, Río de Janeiro. Proveniente de una familia sumamente pobre, de niño debió vivir con unos tíos en Natal, capital de Río Grande del Norte, donde pasó su infancia y su juventud. A los 9 años, el pequeño se entrenaba nadando en el río Potengi, en la misma ciudad, y soñaba con ser campeón. También le gustaba leer, principalmente las obras de Paulo Setúbal, Graciliano Ramos y José Lins do Rego; estos dos últimos, importantes autores regionalistas de la literatura brasileña.

Las actividades de la infancia de De Vasconcelos serían la base de toda su vida: el espíritu aventurero, el deporte y, al mismo tiempo, la literatura, el hábito de escribir, el cine, las artes plásticas, el teatro; la sensibilidad y el vigor físico juntos. Se convertiría en un hombre brillante, aunque muy sencillo, lejano a la Academia de Letras.

Estando aún en Natal, cursó dos años de Medicina, pero no aguantó: su personalidad inquieta lo impulsó a regresar a Río de Janeiro, a bordo de un carguero. Una sencilla valija de cartón era todo su equipaje. A partir de aquella ciudad, comenzó una peregrinación por el resto del Brasil: fue entrenador de box y estibador de banano en la capital carioca, pescador en el litoral fluminense, maestro de primaria en un centro de pescadores en Recife, mozo en San Pablo…

Toda esta experiencia, asociada a una memoria y una imaginación privilegiadas y a una enorme facilidad para contar historias, dio como resultado una obra literaria de calidad, reconocida internacionalmente: 22 libros, entre novelas y cuentos, con traducciones publicadas en Europa, los Estados Unidos, América Latina y Japón, algunos de los cuales tuvieron versiones cinematográficas y teatrales.

Su primera obra, Banana Brava *(1942), retrata a un hombre embrutecido en las minas del sertón de Goiás, en el centro-oeste del Brasil. A pesar de que la novela recibió algunas críticas favorables, no tuvo éxito. Enseguida llegó* Barro Blanco *(1945), que tiene como telón de fondo las salinas de Macau, ciudad de Río Grande del Norte. Surgía, entonces, la vena regionalista del autor, que continuaría con* Arara Vermelha, *1953;* Harina huérfana (Farinha Órfã), *1970 y* Lluvia de la noche (Chuva Crioula), *1972.*

Su método de trabajo era peculiar: elegía los escenarios de sus historias y entonces se trasladaba allí. Antes de escribir Arara Vermelha, *recorrió cerca de 3000 kilómetros a través del sertón, haciendo estudios minuciosos que serían la base de la novela. A los periodistas, les decía: "Escribo mis libros en pocos días. Pero, en compensación, paso años rumiando ideas. Escribo todo a máquina. Hago un capítulo entero y después releo lo que escribí. Escribo a cualquier hora, de día o de noche. Cuando estoy escribiendo, entro en trance. Solo paro de golpear la teclas de la máquina cuando me duelen los dedos".*

La enorme influencia que ejerció en su vida el haber convivido con los indígenas (acostumbraba a viajar al "medio de la selva" por lo menos una vez al año) no tardaría en aparecer en su obra. En 1949 publicó Lejos de la tierra (Longe da Terra)*, donde cuenta su experiencia y señala los perjuicios sobre la cultura indígena producidos por el contacto con los blancos. Fue el primero de una larga lista de libros indigenistas:* Raya de fuego (Arraia de Fogo)*, 1955;* Rosinha, mi canoa, *1962;* El padrillo (O Garanhão das Praias)*, 1964;* Las confesiones de fray Calabaza, *1966;* Kuryala: capitán y carajá (Kuryala: Capitão e Carajá)*, 1979.*

Dicha producción nació de una importante actividad que el aún joven escritor realizó con los hermanos Villas-Bôas, sertanistas e indigenistas brasileños, internándose en el sertón de la región de Araguaia, en el centro-oeste del Brasil. Los hermanos Villas-Bôas –Orlando, Cláudio y Leonardo– lideraron

la expedición Roncador-Xingu, iniciada en 1943, que unió el Brasil interior al litoraleño. Hicieron contacto con pueblos desconocidos, cartografiaron territorios, abrieron rutas en el Brasil central.

El libro Rosinha, mi canoa, *en el que contrapone la cultura del sertón primitivo a la cultura predatoria y corruptora del blanco que se dice civilizado, fue su primer gran éxito. Aunque la obra que alcanzaría el mayor reconocimiento del público llegaría seis años más tarde, con el título de* Mi planta de naranja lima. *Relato autobiográfico, el libro narra la historia de un niño pobre que, incomprendido, huye del mundo real a través de los senderos de la imaginación. La novela conquistó a los lectores brasileños, del extremo norte al extremo sur, y rompió todos los récords de ventas. En esa época, el escritor afirmaba: "Tengo un público que va de los 6 a los 93 años. No solo aquí, en Río de Janeiro o en San Pablo, sino en todo el Brasil. Mi libro,* Rosinha, mi canoa, *se utiliza en los cursos de Portugués en la Sorbona, en París".*

Lo que más impactaba a la crítica era el hecho de que el libro hubiese sido escrito en apenas 12 días. "Sin embargo, estaba dentro de mí hacía 20 años –decía De Vasconcelos–. Cuando la historia está completamente terminada en la imaginación es cuando comienzo a escribir. Recién trabajo cuando tengo la impresión de que la novela está saliendo por todos los poros del cuerpo. Entonces, surge todo a borbotones".

Mi planta de naranja lima *vendió más de dos millones de ejemplares. Las traducciones se multiplicaron:* Barro Blanco *se editó en Hungría, Austria, la Argentina y Alemania;* Arara Vermelha, *en Alemania, Austria, Suiza, la Argentina, Holanda y Noruega; y* Mi planta de naranja lima *se publicó en alrededor de 15 países…*

La inspiración autobiográfica continuó con Vamos a calentar el sol *(1972) y* Doidão *(1973).* Lejos de la tierra *y* Las confesiones de fray Cala-

baza *también presentan elementos que refieren a la vida del autor. La lista de sus obras incluyen, además, libros centrados en dramas existenciales* –Marea baja (Vazante)*, 1951;* Calle descalza (Rua Descalça)*, 1969, y* La cena (A Ceia)*, 1975–, y otros dedicados a un público más joven, que abordan cuestiones humanísticas* –Corazón de vidrio (Coração de Vidro)*, 1964;* El palacio japonés (O Palácio Japonês)*, 1969;* El velero de cristal (O Veleiro de Cristal)*, 1973, y* El niño invisible (O Menino Invisível)*, 1978.*

Junto al gaúcho *Érico Veríssimo y al bahiano Jorge Amado, De Vasconcelos fue uno de los pocos escritores brasileños que podían vivir exclusivamente de los derechos de autor. Sin embargo, su talento no brillaba solo en la literatura.*

Además de escritor fue periodista, conductor radial, pintor, modelo y actor. A raíz de su buen porte, representó el papel de galán en varios filmes y telenovelas. Obtuvo premios por su actuación en Carteira Modelo 19, A Ilha *y* Mulheres e Milhões. *Asimismo, modeló para el* Monumento à Juventude, *esculpido en el antiguo Ministerio de Educación, en Río de Janeiro, en 1941, por Bruno Giorgi (1905-1993), escultor brasileño reconocido internacionalmente.*

Solo en un área no tuvo éxito: la academia. En la década del 40, hasta llegó a ganar una beca de estudio en España, pero después de una semana, decidió abandonar la vida académica y recorrer Europa. Su espíritu aventurero se impuso.

El éxito del autor se debe, principalmente, a la facilidad de comunicación con sus lectores. De Vasconcelos explicaba: "Lo que atrae a mi público debe de ser mi simplicidad, lo que yo creo que es simplicidad. Mis personajes hablan en lenguaje regional. El pueblo es simple como yo. Como ya dije, no tengo ninguna apariencia de escritor. Mi personalidad es la que se expresa en la literatura, mi propio yo".

José Mauro de Vasconcelos falleció el 24 de julio de 1984, a los 64 años.

«Ce ne sont pas seulement les liens du sang qui forment la parenté, mais ceux du coeur et del'intelligence".[1]

MONTESQUIEU

1 "No son solo los lazos de sangre los que forman el parentesco, sino también los del corazón y de la inteligencia".

Para

D. Antonietta Rudge
Ciccilio Matarazzo
Luizinho Bezerra
y
Wagner Felipe de Souza Weidebach, el “amigazo”,
y, aun, Joaquim Carlos de Mello

Primera parte

Maurice y yo

1

La metamorfosis

De repente, ya no existía nada más oscuro en mis ojos. Mi corazón de once años se agitó en el pecho, asustado.

—¡Mi San Jesús del carnerito en las espaldas, ayúdame!

La luz crecía más. Y más. Y cuanto más crecía, el miedo aumentaba hasta tal punto que si yo hubiera querido gritar no habría podido hacerlo.

Todo el mundo dormía tranquilamente. Todas las habitaciones cerradas respiraban el silencio.

Me senté en la cama y apoyé mis espaldas en la pared. Mis ojos parecían querer salirse de las órbitas.

Deseaba rezar, invocar a todos mis santos protectores, pero ni siquiera el nombre de Nuestra Señora de Lourdes salía de mis labios. Debía de ser el diablo. El diablo con el que tanto me asustaban. Pero, si era él, la luz no tendría el color de la lámpara y sí el del fuego y la sangre, y por cierto que habría olor a azufre. Ni siquiera podría llamar en mi auxilio al hermano Feliciano, el querido Fayolle. En ese momento debía de encontrarse en el tercer sueño, roncando bondad y paz, allá en el Colegio Marista.

Sonó una voz suave y humilde.

—No te asustes, hijo mío. Solo vine para ayudarte.

El corazón ahora latía contra la pared, y la voz salió fina y asustada como el primer canto de un gallito.

—¿Quién es usted? ¿Un alma del otro mundo?

—No, tontito.

Y una risa bondadosa resonó en la habitación.

—Voy a encender la luz, pero no te asustes porque no te sucederá nada malo.

Dije que sí, indeciso, pero cerré los ojos.

—Así no vale, amigo. Puedes abrirlos.

Arriesgué abrir primero uno, después el otro. La habitación había adquirido una luz blanca tan linda que pensé que estaba muerto y me encontraba en el paraíso. Pero eso era imposible. Todos en casa decían que el cielo no era para mi pico. La gente como yo iba derechito a las calderas del infierno, para asarse allí.

—Mírame. Soy feo, pero mis ojos solo inspiran confianza y bondad.

—¿Dónde está?

—Aquí, al pie de la cama.

Me fui aproximando a la orilla y cobré coraje para mirar. Lo que vi me llenó de pánico. Quedé tan horrorizado que el frío me traspasó toda el alma como si fuese un trozo de hielo. Temblando volví a la posición anterior.

—Así no, hijo. Sé que soy muy feo, pero si me tienes tanto miedo me voy ahora mismo, sin ayudarte...

Su voz se había transformado tanto en una súplica que resolví contenerme. Pero, muy lento, me arrastré a su lado.

—¿Por qué ese miedo?

—Pero ¿usted es un sapo?

—¿Y qué hay con eso? Sí, lo soy.

— Pero ¿no podría ser otra cosa?

—¿Una víbora? ¿Un yacaré?

—Lo preferiría, porque las víboras son muy lindas y lisitas. ¡Y los yacarés nadan con tanta elegancia!

—Discúlpame, pero no paso de ser un pobre y amistoso sapo cururú.[2] Bien, si eso te hace daño, me voy enseguida. Paciencia. Sin embargo, repito que es una pena.

Me sentía tan triste y emocionado que estaba a punto de llorar. Aquello me conmovió, porque yo era tan débil que, cuando veía que una persona lloraba o sufría, enseguida se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Está bien, pero déjeme respirar más hondo, que después hasta me podré sentar. Ya comienzo a acostumbrarme a usted.

Realmente las cosas empezaban a cambiar. Quizá por el brillo manso de sus ojos y por la actitud quieta de su cuerpo grotesco.

Arriesgué una frase de simpatía. Una frase que me salió medio tartamudeada. Algo me aconsejaba tratarlo de usted.

—Usted, ¿cómo se llama?

Él sonrió. Estaba claro que lo admiraba ese tratamiento, pero no ocurría a diario encontrar un sapo parlante. Y eso obligaba a cierto respeto de mi parte.

Se rascó la cabeza y respondió:

—Adán.

—¿Adán qué?

—Adán, simplemente. No tengo apellido.

Su suavidad me golpeó por dentro de nuevo. ¿Por qué diablos tendría que emocionarme hasta con un sapo?

—¿No quiere usar el mío? A mí no me importaría. Mire qué lindo queda: Adán de Vasconcelos.

---

2 Especie de sapo, *el bufo d'aqua. (N. de la T.).*

—Gracias, amiguito. En cierta medida, voy a vivir tanto contigo que, indirectamente, estaré participando de tu nombre.

¿Había yo entendido bien lo que decía? ¿Vivir conmigo? ¡Dios del cielo, Nuestra Señora de las Mangabas! Si mi madre adoptiva lo llegaba a ver en mi habitación, daría un grito tan grande que resonaría hasta en la playa de Punta Negra. Después llamaría a Isaura para que trajera una escoba y arrojara a Adán escaleras abajo. Y, como si todo eso no bastara, Isaura aún tendría que tomar a Adán por sus patitas y arrojarlo por la balaustrada de Petrópolis.

—Adivino todo lo que estás pensando, pero no existe ese peligro.

—¡Menos mal! —yo respiré aliviado.

—Y a ti, ¿cómo deberé llamarte? ¿Zezé?

—Por favor... Zezé ya no existe. Era un niño tonto, hace mucho tiempo. Era un nombre de muchachito de la calle... Hoy he cambiado mucho. Soy un niño educado, bien arreglado...

—Y triste. Muy triste. Eres, quizás, uno de los niños más tristes del mundo, ¿no?

—Así es.

—¿Te gustaría volver a ser Zezé?

—Nada retorna en la vida. Aunque, de alguna manera, me gustaría. De otra, no. Eso de recibir tantas palizas y de pasar hambre...

Retornaba aquel viejo dolor que siempre me quería perseguir. Volver a ser Zezé..., a tener una planta de naranja lima..., perder nuevamente a Portuga...

—Confiesa la verdad. ¿No te gustaría, de verdad? En aquel tiempo tenías algo que no sientes desde hace mucho tiempo. Una cosa pequeña y muy linda: ternura.

Confirmé con la cabeza, desalentado.

—No todo está perdido. Todavía tienes la ternura de las cosas; de no ser así, no estarías conversando conmigo.

Hizo una pausa y comentó muy seriamente.

—Mira, Zezé, yo estoy aquí para eso. Vine a ayudarte. A ayudarte a defenderte en la vida. Y no vas a sufrir tanto por ser un niño muy solitario... y estudiar piano.

¿Cómo había descubierto Adán que yo estudiaba piano? ¿Y que ese era uno de los mayores martirios de mi vida?

—Lo sé todo, Zezé. Por eso vine. Voy a vivir en tu corazón y protegerlo. ¿No me crees?

—Sí, lo creo. Una vez tuve un pajarito dentro del pecho, que cantaba conmigo las cosas más lindas del mundo, de la vida.

—¿Y qué fue de él?

—Voló. Se fue.

—Entonces, eso significa que tienes una vacante para abrigarme.

No sabía qué pensar. No podía garantizar si soñaba o si vivía una locura. Era flaquito y tenía el pecho achatado allí donde las costillas se combaban. ¿Cómo iba a caber dentro un sapo tan gordo? Nuevamente él adivinó mis pensamientos.

—En tu corazón me volveré tan pequeñito que ni siquiera me vas a sentir.

Viendo mis dudas, explicó mejor.

—Mira, Zezé, si me aceptas, todo va a ser más fácil. Quiero enseñarte una vida nueva, a defenderte de todo lo que es malo y a barrer pronto esa tela de tristeza que siempre te persigue. Descubrirás que, aun estando solo, no sufrirás tanto.

—¿Eso es tan necesario?

—Lo necesitas para no ser en la vida un hombre solitario. Viviendo en tu corazón, un nuevo horizonte se abrirá ante ti. Enseguida notarás una metamorfosis en tu vida.

—¿Qué es una metamorfosis?

—Un cambio. Una transformación.

—¡Ah!

La verdad es que yo sabía también que había perdido todo miedo y repugnancia al sapo cururú. Parecía como si fuéramos amigos desde hacía doscientos años.

—¿Y si acepto?

—Es que vas a aceptar.

—¿Y qué deberé hacer?

—Tú, nada. Yo, sí. Solo necesitarás tener mucho coraje y decisión para permitir que yo penetre en tu pecho.

Me eché a temblar como si una corriente eléctrica me raspase los pies.

—¿Por la boca?

—No, tonto. No podría pasar.

—Entonces, ¿cómo?

—Tú cerrarás los ojos y yo me acostaré en tu pecho para ir penetrando lentamente...

—¿No duele?

—¡Nada! Descenderé sobre tus ojos como una gran somnolencia.

Luchaba contra mi miedo. Llegaba a sentir sobre mi piel el frío helado de su vientre viscoso. Adán volvió a leer mis pensamientos.

—Dame la mano.

Obedecí, con frío sudor.

—Vas a sentir que también la mía es suave.

Había ocurrido un milagro. La pata del sapo había crecido hasta tener el tamaño de mi mano, y poseía un calor amigable y tierno.

—¿Has visto?

Con mis dedos recorrí toda su palma. Me sentía perplejo.

—¿Usted también estudia piano?

Rio con entusiasmo.

—¿Por qué?

—Porque no tiene ni siquiera un callo en la mano. Yo tampoco; no puedo subir a un árbol, golpearme los dedos, ni siquiera hacer sonar las articulaciones. Todo está prohibido, para que no se arruinen mis estudios de piano.

Suspiré, desalentado.

—¿Estás viendo? Necesitas de mí.

—¿Y algún día podré dejar de estudiar piano?

—¿Tanto detestas la música?

—No es que no me guste, no. Lo que no me agrada es pasarme la vida encima de las teclas. En un sinfín de ejercicios, de escalas que no acaban nunca.

Entonces recordé una cosa.

—¿Sabe, señor Adán? Lo que sí me gusta es tocar la escala cromática.

—Ya lo sé, señor Zezé.

Me di cuenta de que nuestra intimidad prohibía que yo lo tratara de usted.

Los dos reímos al mismo tiempo.

—¿Será cierto que me vas a ayudar a dejar de estudiar el piano?

—Bueno, mira, Zezé..., eso no te lo puedo asegurar. Pero tal vez haga alguna cosa para que no continúes sufriendo mucho.

—Ya es algo.

Él me miraba desde abajo con cierta insistencia. Miró el reloj de pulsera, como recordándome que las horas pasaban.

Ya no titubearía. Solamente el hecho de no tener que mortificarme más con el piano me hacía anticipar la decisión.

—¿Qué debo hacer?

—Desabróchate el saco del pijama y no tengas miedo.

—No lo tendré.

—Ahora debes ayudarme. Tira al suelo la punta de la sábana y colócame encima.

Hecho. Ahora Adán se encontraba bien cerca de mí. Con la proximidad de la luz, sus ojos adquirían un azul de cielo, cuando el cielo se pone bien azul. Ya no lo encontraba tan feo y desagradable.

—Solamente quiero que me digas la verdad. ¿Va a doler?

—¡Nada de nada!

—Pero ¿no vas a comerte mi corazón?

—Voy. Pero va a ser tan dulce como si masticase una nube.

—¿Y si un día mi padre me aplica los rayos X?

—Nadie lo descubrirá. Porque con el tiempo yo voy a transformarme en un corazón igual al que tenías anteriormente.

—Quiero verlo todo.

—¿No prefieres dormir?

—No. Voy a recostarme en la pared y a quedarme medio reclinado, para poder ver mejor.

—Entonces, voy a hacer que tus oídos escuchen una música muy linda.

—¿Puedo elegir?

—Sí que puedes.

—Quisiera oír la *Serenata* de Schubert o *Rêverie* de Schumann.

—¿En el piano?

—Sí.

Adán pasó las manos por mis cabellos y sonrió.

—¡Zezé! ¡Zezé! Confiesa que no odias tanto al piano.

—A veces hasta me parece lindo.

—¿Vamos?

—Bueno.

La música comenzó a sonar, bellamente. Adán se acostó sobre mi pecho y todo era suave como una brisa.

—Hasta luego.

Vi que él apoyaba la boca en mi pecho y comenzaba a penetrar. No había mentido. No dolía nada y todo sucedía muy rápido. A poco, solo quedaban sus patitas desapareciendo en mi carne. Pasé la mano sobre el lugar y todo había quedado lisito. Sin embargo, mi corazón latía con ansias. Me quedé esperando un poco y no resistí más.

—Adán, ¿estás ahí?

La voz venía ahora desde más abajo.

—Sí, Zezé.

—¿Ya comiste mi corazón?

—Lo estoy comiendo. Pero no puedo hablar con la boca llena. Espera un poco.

Obedecí, contando con los dedos. Iba a ser formidable. Nadie podría adivinar que yo no tenía un corazón común, sino un sapo muy amigo.

—¿Ya está?

—¡Listo! Estaba sabroso. Ahora necesitas dormir y mañana será un nuevo día.

Me desperecé todo lleno de felicidad. Estiré la frazada para calentar mi pecho y mi sapo amigo, que latía acompasadamente y sin miedo alguno.

De pronto, una cosa me hizo sentar de sopetón en la cama.

—¿Qué pasa ahora, Zezé?

—Es que te olvidaste de apagar la luz. Esta es diferente.

—Ya te enseño. Hincha bien los carrillos y sopla.

Obedecí, y todo volvió a ser oscuro en mi cuarto. El sueño llegaba cerrando mis párpados pesadamente. Yo sonreía.

—Adán, ¿ya te dormiste?

—No, ¿por qué?

—Gracias por todo. Puedes llamarme Zezé a cada momento. Aunque algún día sea un hombre. Puedes hacerlo porque me gusta, ¿está bien?

La respuesta venía de lejos, lejos..., casi ni se escuchaba.

—Duerme, hijo, duerme. Duerme, que la infancia es muy linda.